



RELACIÓN LÚDICO-FESTIVA DE UNA PASIÓN JUVENIL FRUSTRADA: LA PORTA D'OSSUNA DE PALERMO

Por

VÍCTOR ESPUNY RODRÍGUEZ

Filólogo y escritor

La localidad de Osuna ha sido el mayor reclamo de mi atención desde que tengo memoria. No todo el mundo tiene la suerte de crecer en una localidad como la ursaonense, un auténtico museo al aire libre, donde, a cada paso, el caminante se encuentra con una portada renacentista o barroca aún más espectacular que la anterior. Cuando aún era pequeñito como un ratón, todos los días de diario pasaba por la Colegiata para que Rosario me diera algún prospecto turístico, después de haberle dado la lata durante un rato, y para sentarme a hablar con Curro, el último de los sacristanes de la capilla del Sepulcro, aquel hombre menudo, afaible, peinado hacia atrás, siempre con el puro apagado en la boca, que contaba sin parar historias más o menos verídicas relacionadas con el pueblo. Luego vino el bachillerato, con profesores de Geografía e Historia e Historia del Arte como Francisco Olid Maysounave y José Manuel Ramírez Olid; mejor no me lo podían poner, la verdad. Por último, hace ya más de veinte años, vino para quedarse el que puede ser el mejor de los profesores, de los archivos, de las bibliotecas, de las hemerotecas, siempre que uno tenga ya un poco de discernimiento y no se quede con lo primero que encuentre: Internet. Esa fue mi perdición.

Pertrechado del primer módem que conocí, un artilugio independiente del ordenador, un periférico, que al iniciar el proceso de conexión emitía unos sonidos realmente mis-

teriosos, como si en su interior se hubiese desencadenado un proceso de intento de conexión con alguna civilización alienígena –una mezcla de gorgoritos de pájaro metálico, ronroneos de gato asilvestrado y gargarismos de marciano enfermo–, me pasaba los días sin salir de mi habitación, escribiendo palabras, o secuencias de ellas, en los buscadores. Era como un milagro, poder entrar y salir de tantas publicaciones y archivos. En un principio, esas palabras o secuencias de palabras eran sólo «Osuna» y «duque de Osuna». Fue así como me aficioné –digo bien, «aficioné», pues mi acercamiento a la Historia siempre ha sido el de un aficionado–, al estudio de la casa ducal de Osuna durante el siglo XIX, al ver que los descendientes de la condesa-duquesa de Benavente, y duquesa de Osuna, habían tenido posesiones en casi todas las provincias españolas sin excepción, o al toparme con un segundogénito, el príncipe de Anglona, que había sido militar, pintor, estudiante en Italia –con Antonio Canova–, director del Museo del Prado, presidente del Senado, introductor de la fotografía en Cuba y gobernador de la isla. Al cabo de unos meses de búsquedas, sin embargo, las posibilidades se me iban acabando. Por esta razón tuve que incorporar nuevos términos de búsqueda, como las secuencias «duke of Osuna», «duc d'Osuna», «Herzog von Osuna» y, por último, «duca d'Ossuna». Y fue con esa última versión



RECONSTRUCCIÓN IMAGINARIA DE PORTA OSSUNA EN CEFALÙ



VISTA AÉREA DE PALERMO REALIZADA POR BRAUN Y HOGENBERG ENTRE 1588 Y 1597, JUSTO ANTES DE LA CONSTRUCCIÓN DE VÍA MAQUEDA. HE SEÑALADO CON UN PUNTO AMARILLO, EN LA PARTE SUPERIOR DERECHA DEL RECINTO AMURALLADO, EL LUGAR APROXIMADO DONDE POCOS AÑOS DESPUÉS SE LEVANTARÍA LA PORTA D'OSSUNA

de la búsqueda, la italiana¹, como se me abrió un mundo casi infinito de posibilidades, pues la Casa de Osuna tuvo mucha presencia en tierras italianas, sobre todo en Sicilia, Nápoles y el Milanesado. De todos los «hallazgos» que realicé –para mí, en la soledad de la habitación, era como si estuviera descubriendo un mundo desconocido hasta ahora, oculto, que yo desvelaba–, el más fascinante, en mi opinión, era la existencia en Palermo de unas catacumbas paleocristianas conocidas como «catacombe di Porta d'Ossuna».

Para mí constituía un orgullo de patria chica saber que en otro país, y en una ciudad, además, tan sugerente, terrorífica y novelesca como Palermo, así la veía yo entonces, escenario, en la época de mis búsquedas, de virulentas actuaciones mafiosas –los jueces Falcone y Borsellino habían muerto en sendos atentados en 1992–, existía una puerta, en un recinto amurallado, que llevaba el nombre de Osuna, de mi pueblo, que prolongaba así su influencia hasta límites insospechados. Seguía leyendo y las noticias que iba allegando sobre el estado de conservación de la puerta no eran buenas, eran más bien nefastas: la puerta, como tantísimas otras que formaban parte de los recintos amurallados de las poblaciones de la vieja Europa, había desaparecido con la demolición, total o parcial, de dichos recintos, obstáculos para el crecimiento de las ciudades de los siglos XIX y XX. Había quedado el nombre, sí, pero sólo eso, como en Sevilla, por ejemplo, ha quedado la Puerta de Jerez o en Madrid la Puerta del Sol. Tenía que rendirme a la evidencia: de la construcción, que debía ser de la época de dominación española, exactamente de principios del siglo XVII –cuando ocupaba el puesto de virrey de Sicilia

¹ El grado de fijación de la ortografía italiana es menor que el de la lengua castellana. Así, no es de extrañar que encontremos varias versiones ortográficas de la misma palabra, sobre todo si se trata de un topónimo como Osuna, proveniente de una lengua extranjera. La forma *Ossuna* era la más común en castellano aún en el siglo XVIII.

el III duque de Osuna (1611-1616)–, sólo había quedado el nombre. Algo era algo, poco, pero algo.

Sin embargo, el año pasado, dos décadas después de aquel «descubrimiento», vino a parar a mis manos una publicación que contiene la reproducción de un grabado del siglo XVIII que representa la puerta, y afirma que la lápida situada bajo el águila de mármol que la presidía, se conserva *oggi murata all'imboco della via Cappuccinelle*² (GIUFFRÈ 2011: 154). Recuerdo el momento exacto en el que leí la frase, que para mí suponía la renovación de mi antigua ilusión por conocer la puerta, entera o en parte. Revisé uno a uno el significado de las palabras de la cita. No había duda: cualquier persona que pasara por la vía Cappuccinelle de Palermo podía leer la lápida.

Cuando nos encontramos para comer, Mari Carmen, mi mujer y compañera de aventuras, me notó raro.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Seguro? —Callé durante unos segundos. Luego le pregunté: ¿Quieres viajar a Sicilia?

Un mes después estábamos intentando sobrevivir a la circulación de Palermo, jugándonos el pellejo cada vez que teníamos que cruzar la calle, dados de la mano, como los que caminan hacia una inmolación segura. Imagínense, los que no conozcan la capital siciliana, una ciudad de más de un millón de habitantes en la que todos los conductores se creen con derecho a saltarse los semáforos, circular a contramano, hacer giros prohibidos o invadir las aceras. A mí me recordaba la Sevilla de hace varias décadas, pero peor. De hecho, nunca había visto a un conductor, conductora en este caso, echarle una bronca a un policía municipal, precisamente porque ella, al haberse saltado un semáforo, había

² ...hoy puesta en la embocadura de la calle Cappuccinelle.



CATACUMBA DE LOS CAPUCHINOS. UNA MUESTRA DEL ASPECTO QUE PRESENTABAN, A FINALES DEL SIGLO XIX O PRINCIPIOS DEL XX, LOS CADÁVERES EMBALSAMADOS.
(FOTO: GIUSEPPE INCORPORA, CÉLEBRE FOTÓGRAFO PALERMITANO FALLECIDO EN 1914)

estado a punto de atropellar a una familia de confiados turistas nórdicos, y el policía se había atrevido a decirle algo, aunque tímidamente. Por lo general, los policías municipales de la ciudad, personas prácticas, sabios, acostumbrados a la falta de disciplina de sus habitantes, a sus problemas con la existencia del concepto de autoridad, comprensivos con las debilidades humanas, vegetan a la sombra de los *palazzi*, viviendo y dejando vivir.

Saturados por el ritmo de vida palermitano, dos días después, y cuando todavía estábamos empezando a entrar en contacto con la ciudad, confraternizando con los cálidos sicilianos, callejeando por el casco histórico —el mayor de Italia— y visitando los mercados populares de la Kalsa y la Vucciria, donde se venden la carne y el pescado en mitad de la calle, a la sombra de viejos y majestuosos palacios barrocos en ruinas, nos levantamos más temprano de lo habitual, cogimos un tren y nos pusimos en Cefalù. Fue allí, callejeando por ese espectacular pueblo costero, famoso, entre otras razones, por haber sido el lugar donde se rodó *Cinema Paradiso*, donde encontramos el primer indicio de las sorpresas que nos podía deparar el viaje: la existencia de un lugar llamado «Porta Ossuna», testimonio de la existencia en otra época, también en esta localidad, de una puerta de recinto amurallado que tenía ese nombre, iniciativa constructora, casi con toda seguridad, del III duque de Osuna³. En su artículo, ya citado, la investigadora Giuffrè, persona de prestigio de quien me declaro seguidor y admirador, escribe: *Altri interventi* [aparte de la mencionada puerta en el recinto amurallado de Palermo] *promossi dal viceré d'Osuna, segnalati dalla documentazione archivística, si collocano al di fuori di Palermo, nel forte San Salvatore a Messina e per un progetto di fortezza in Africa*⁴ (GIUFFRÈ 2011: 154), refiriéndose, con las palabras *documentazione archivística* a documentos contenidos en el Archivo

³ La Porta Ossuna de Cefalù se encuentra en el extremo sur de la vía Vittorio Emanuele, justo en el límite meridional del casco histórico. El recinto amurallado parece de época medieval, siglo XII —reinado de Ruggero II, gran benefactor de Cefalù—, pero el nombre de esta puerta indica, al menos, una reconstrucción en época virreinal. La biografía de Ruggero II de Altavilla, de origen normando, hombre de acción y sensible al arte —responsable de la fascinante Capilla Palatina de Palermo—, resulta de necesario conocimiento para los que quieran profundizar en el conocimiento de la peculiarísima arquitectura medieval siciliana.

⁴ «Otras intervenciones promovidas por el virrey Osuna, señaladas por la documentación archivística, se localizan fuera de Palermo, en el fuerte San Salvador en Messina y para un proyecto de fortaleza en África».

de Simancas⁵. Una construcción como esta de Cefalù, menor —una humilde puerta de una pequeña localidad—, bien pudo no dejar rastro en la documentación, al menos en la conservada en el Archivo de Simancas⁶.

Al día siguiente, ya en Palermo, llovía. Las calles estaban encharcadas y los autobuses urbanos iban a rebosar, así que no nos quedó más remedio que coger un taxi si no queríamos ponernos como auténticas sopas. El taxista recibió mis indicaciones —«alrededores de unas catacumbas cercanas a vía Cappuccinelle», más vagas no podían ser—, con una expresión dubitativa en principio; luego, sin embargo, la cambió y se dirigió con seguridad hacia un lugar determinado. Minutos después, tras haber pilotado con éxito la nave por aquel mar proceloso y vociferante, detuvo el coche frente a un edificio de techo bajo y nos dijo: —*Ecco, siamo arrivati: le catacombe dei cappuccini*.

Nada más haberse ido el taxista nos dimos cuenta de que aquel no era el sitio que buscábamos, pero llovía, hacía frío, y podíamos visitar estas catacumbas: así no perderíamos la mañana⁷. Había una pequeña cola formada por turistas del centro y el

norte de Europa y nos acoplamos a ella. Minutos después, tras haber recibido órdenes terminantes de los frailes, que rodeaban al muchacho que vendía las entradas, de no hacer fotografías —«es por respeto a los muertos», decían— y de haber descendido por una escalera de piedra, nos encontramos deambulando, con ojos horrorizados —imagínense los de los niños, que iban pegaditos a sus madres, sin dar siquiera una carrera, los pobrecitos—, por pasillos creados para la contemplación de los cadáveres embalsamados de varios miles de palermitanos, cadáveres la mayoría de ellos puestos en pie y vestidos con sus mejores ropas. Intenten imaginar, por muy bien que los embalsamaran, cómo estarán hoy día los cadáveres y sus ropas, muy dignos y presentables en el momento del embalsamamiento —los límites temporales de los cadáveres van desde finales del siglo XVI a principios del XX— pero muy deteriorados en la actualidad, las articulaciones dislocadas, mandíbulas, brazos y piernas en posturas imposibles. Además, la distancia entre los cadáveres y los visitantes es ninguna, se podrían tocar, aunque me imagino que poca gente lo habrá hecho. Avanzando por el pasillo, no se podía volver hacia atrás —como en esas atracciones feriantes llamadas «túneles del terror»—, fuimos haciéndonos a la situación y contemplando, aunque no lo hiciéramos, lo confieso, con el detenimiento preceptivo que debe observar todo turista que se precie, los restos de aquellos difuntos con miradas de personas ávidas de conocimientos. Cada vez más asombrados —y preguntándonos si no se les falta también el respeto a los

⁵ «Archivo General de Simancas, Estado, Sicilia, legajo 1169, anno 1615; legajo 1170, anno 1616». (GIUFFRÈ 2011: 158).

⁶ El mismo caso puede ser el ocurrido con Trápani, ciudad cercana también a Palermo, donde hoy día existe un topónimo urbano denominado «Porta Ossuna», *così detta dal Viceré Don Pietro Girone, Duca di Ossuna* (Accardi).

⁷ Esta manía de no «perder el tiempo» es muy propia del turista contemporáneo, que viaja como si se fuera a morir mañana y le fuera a resultar imposible volver al lugar donde se halla, como si constituyera un pecado imperdonable «dejar de ver algo». Resultado: cuando vuelve a su casa lleva una idea totalmente superficial, tópica y estereotipada de muchos lugares, pero no ha conocido en profundidad ninguno, sólo la manera mejor de hacer el equipaje para cambiar de hotel cada dos días sin que se arruguen la blusa fina o los pantalones de pinzas. Aquí parecen venir al pelo estas palabras sobre este tipo de viajes «exhaustivos»: *Nos atiborramos de lugares de interés hasta hartarnos, como si fueran caramelos. Desde el desayuno de hoy hemos visto lo suficiente como para poder reflexionar al respecto un año entero...* (TWIN 2012: 551).

fallecidos teniéndolos como atracción turística⁸ y lucrándose con las visitas—, descubrimos que los cadáveres estaban dispuestos siguiendo unas normas estrictas, clasificados y organizados en grupos: frailes, sacerdotes, prelados, profesionales (profesores, médicos, músicos, abogados, pintores), hombres sin profesión determinada, mujeres casadas, viudas, solteras, niños...

Cuando acabamos todo el recorrido y volvimos al mundo de los vivos, nos detuvimos un momento a preguntarles a los frailes de la puerta —a los que no podía dejar de imaginar embalsamados y allá abajo— por la vía Cappuccinelle, pues al fin y al cabo eran frailes capuchinos y debían saberlo. Uno de ellos, y en castellano de Valladolid, nos dijo:

—Esa calle está cerca del Duomo. Es perpendicular a vía Papireto.

Hoy día, después de casi un año de aquella visita, cuando recuerdo las emociones de entonces —igual de vivaces todavía—, reconozco que la visita hubiera sido más llevadera si hubiéramos echado mano del socorrido relativismo cultural, que ayuda a explicar muchas cosas, a ser más comprensivo con las costumbres ajenas. De todas formas, y para que sirva de aviso al lector amante de lo mortuario, en las catacumbas sólo se admitían cadáveres de familias que pudieran pagar todo el proceso de embalsamamiento, por lo que la representación de la sociedad palermitana, absolutamente piramidal, se limita a integrantes de las clases privilegiadas, los que ocupaban la cúspide de la pirámide. Estos, como si hubieran intentado resistirse a lo inevitable —«MEMENTO HOMO, QUIA PULVIS ES ET IN PULVUREM REVERTERIS»—, dejaron instrucciones para que su cuerpo permaneciese visible, y reconocible, el mayor tiempo posible. Sin embargo, y por suerte, el dinero no lo compra todo.

Un par de días después, cuando ya le estábamos cogiendo gustillo a la ciudad, una población caótica y atrasada pero interesantísima, un verdadero palimpsesto arquitectónico, cultural y social donde se pueden rastrear estilos y usos milenarios, nos dimos cuenta de que nuestro estancia se acababa y todavía no habíamos encontrado la Porta d'Ossuna, razón principal del viaje, así que dediqué una tarde entera a refrescar conocimientos sobre la lápida que íbamos a intentar descifrar, a releer el artículo de Giuffrè, y a ampliarlos si era posible. Según la investigadora italiana, el contenido de la inscripción, que data de 1613 (GIUFFRÈ 2011: 154), había sido obra del «celebre» scrittore Filippo Paruta... El entrecamillado de *celebre* llamaba mucho la atención por su intención, en apariencia, irónica, así que intenté localizar algo sobre él. Fue más fácil de los que hubiera podido pensar. Según puede leerse en una publicación de comienzos del XIX ya digitalizada (ORTOLANI 1819), Filippo Paruta (Palermo, 1552-1629) fue una persona de gran inteligencia natural y perseverancia en el estudio. Querido y respetado por la alta sociedad palermitana y, sobre todo por sus dirigentes, durante toda su vida profesional recibió encargos de los virreyes⁹, amantes, como el III duque de Osuna —recordemos que su secretario particular era nada menos que Francisco de Quevedo—, de tener a su disposición los mejores profesionales del momento. Paruta perteneció a las más prestigiosas academias de su época, dejó poemas escritos en latín, italiano y dialecto siciliano y puede considerarse el iniciador de los estudios numismáticos italianos¹⁰. Como vemos, y siempre según Ortolani, el duque de Osuna, o el consejero de turno, eligió como compositor del



ASPECTO QUE PRESENTABA LA PORTA D'OSSUNA EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XVIII (GIUFFRÈ, 2011; 153). EL GRABADO ES DE ANTONIO BOVA (TRIZIANO, 1732; s/p).

texto de la lápida a una de las plumas sicilianas más capacitadas para ello, como demuestran los conocimientos de cultura clásica y de epigrafía que poseía Paruta¹¹. En general, por otra parte, y desde el punto de vista cultural, parece que el gobierno del III duque de Osuna en Sicilia se caracterizó por ser aperturista incluso en expresiones culturales de impacto tan directo en el pueblo como la teatral¹², aunque ese tema, apasionante, excede con mucho los límites de este humilde trabajo.

Así pues, a la mañana siguiente, instruidos adecuadamente y pertrechados de un buen mapa urbano, salimos a la búsqueda de la inscripción, más valorada ahora, después del fracaso anterior y de haber conocido el mérito de su autor, que si fuera la piedra Rosetta de las escrituras ibéricas prerromanas. Hacía un día espléndido y caminábamos felices. Media hora después, tras habernos perdido varias veces y haber tenido que preguntar otras tantas a los amables palermitanos —muchos de los cuales no dudaron en acompañarnos durante un

⁸ Según algunas fuentes fácilmente localizables en Internet, las Catacumbas de los Capuchinos constituyen una atracción turística desde la época del Grand Tour. Nosotros, totalmente ajenos a la propaganda turística, ignorábamos su existencia, por lo que la sorpresa fue aún mayor.

⁹ *Fu stimato ed in sommo onore tenuto dai vicerè, ed ebbe varie cariche e delegazioni* (ORTOLANI 1819: s/p).

¹⁰ *Fu dell'accademia degli Accessi, e dei Risoluti, e poetò in varii modi in latino, in italiano, ed anche in siciliano; ma l'opera per cui si rese veramente celebre, e l'ammirazione di tutt'i dotti suoi contemporanei riscosse, fu quella della Sicilia descritta con medaglie, stampata in Palermo in 1612 nel fol.* (ORTOLANI 1819: s/p).

¹¹ Así lo testimonia también Luis María Linde. Según él, *dos de los más destacados humanistas de Palermo, Filippo Paruta y Mariano Valguarnera, tuvieron cierto patrocinio de Osuna, probablemente por mediación de Quevedo* (LINDE 2005: 109). María Giuffrè también da testimonio de ello: *[Il III duca d'Osuna fu] protettore dei letterati (tra i quali i siciliani Mariano Valguarnera e Filippo Paruta)* (GIUFFRÈ 2011: 145).

¹² *A Palermo, l'Accademia degli Agghiacciati, promotrice di opere teatrali, si occupa di tragedie più che di commedie, tranne un breve periodo, fino al 1616, in cui la liberale reggenza del duca di Ossuna consente aperture culturali altrimenti sporadiche* (SACCO 2011: 462).



RESTOS DE UNO DE LOS BASTIONES DEL RECINTO AMURALLADO MUY PRÓXIMOS A LA PIAZZETA D' OSSUNA, EN VÍA ALBERTO AMEDEO, JUSTO ENFRENTA DE LA ENTRADA A LAS CATACUMBAS PALEOCRISTIANAS

rato—, llegamos a la esquina de vía Papireto con vía Cappuccinelle, en el borde occidental del casco histórico, a medio camino entre la Porta Nuova y el Palazzo di Giustizia, límites sudoccidental y noroccidental, respectivamente, del Seralcadio —una de las cuatro divisiones del casco histórico que se unen en los «Quattro Canti»—, límites, los mencionados, que constituyen, a su vez, el principio y el final del corso Alberto Amedeo, que corre en paralelo a la antigua muralla, como un camino de ronda.

No quiero prolongar más esta agonía, así que vamos a ir a lo sustancial, al chasco que nos llevamos. Dedicamos toda la mañana a buscar la inscripción y no la encontramos. Siguiendo las indicaciones del texto de Giuffrè, según la cual la lápida está *oggi murata all'imbocco della via Cappuccinelle*¹³ (GIUFFRÈ 2011: 154), miramos detenidamente tanto los dos extremos de la vía Cappuccinelle como todo su recorrido (hay que decir que la calle es muy corta y estrecha, por lo que la labor de búsqueda se simplifica). Buscamos también por la vía Papireto, por la Piazzetta d'Ossuna¹⁴ —el extremo occidental de vía Cappuccinelle—, por el corso Alberto Amedeo, por las tres callecitas que se inician en vía Cappuccinelle y mueren en vía Filippone (vicolo Ronda, vicolo dell'Altare y Piazzetta d'Ossuna) y por la vía d'Ossuna, perpendicular a corso Alberto Amedeo hacia la zona extramuros. Nada. Recurrimos a los palermitanos, tan amantes de la conversación. Hablamos con las personas de más edad del vecindario, con los dependientes de los comercios de la zona, con los del kiosco de comestibles que hay en la misma Piazzetta d'Ossuna: ninguno recordaba haber visto la lápida que buscábamos. Al final de la mañana, con las tripas recordándonos la hora que era, abandonamos la zona hambrientos, desengañados, cabizbajos y cariacontecidos.

Durante el viaje de vuelta a Osuna, reflexionamos sobre lo ocurrido y llegamos a la conclusión siguiente: gracias a una lápida inexistente, o desaparecida, habíamos conocido una ciudad que existiría para siempre en nuestra memoria, una ciudad que nada tiene que ver con las fotos en blanco y negro

¹³ «hoy puesta en la embocadura de la calle Cappuccinelle».

¹⁴ Esta plaza pudo nacer como resultado de la suma del espacio ocupado por la puerta, el espacio no edificado que habría a su espalda, intramuros, y el espacio donde se levantaban los paños de muralla adyacentes a la puerta misma.

de coches despanzurrados de los periódicos de los noventa, una ciudad de cielo y mar de un azul intenso, sobrevolada por gaviotas, repleta de maravillosas construcciones y excelentes restaurantes, una ciudad en cuyo urbanismo dejaron extraordinarias muestras de modernidad los virreyes españoles. Era cierto, sí. Sin embargo, ese crítico perfeccionista que todos llevamos dentro, me decía:

—Sí, vale, lo que tú digas, pero la lápida...

BIBLIOGRAFÍA

- ACCARDI, Salvatore: «La saga di Felice Serisso», en *Tra le vie di Trapani i personaggi illustri* (http://www.trapaninostra.it/libri/Salvatore_Accardi/Tra_le_vie_di_Trapani_i_personaggi_illustri/Felice_Serisso.pdf)
- CARBONÈLL, Sebastiano: *Dizionario fraseologico completo: italiano-spagnolo e spagnolo-italiano: contenente tutte le voci d'uso corrente, quelle di carattere artistico, commerciale, geografico, legale, letterario, marittimo, storico e tecnico, con speciale riguardo alla fraseologia (parlata viva) e alle locuzioni idiomatiche delle due lingue*. Milano: Ulrico Hoepli Editore, 1986.
- CINTI, Decio: *Dizionario dei sinonimi e dei contrari*. Novara: Istituto Geografico De Aostini, 1989.
- GIUFFRÈ, Maria: «Palermo ai tempi del viceré d'Osuna: città e architetture», en *Cultura della guerra e arti della pace. Il III Duca di Osuna in Sicilia e a Napoli (1611-1620)*. Sánchez García, Encarnación (dir.), Napoli: Tullio Pironti Editore, 2011, pp. 145-158.
- LINDE DE CASTRO, Luis María: *Don Pedro Girón, duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2005.
- ORTOLANI, Giuseppe Emanuele: *Biografia degli uomini illustri della Sicilia, ornata de loro rispettivi ritratti*, vol.3, Napoli, presso Niccola Gervasi, 1819, (versión digitalizada de un ejemplar conservado en la Biblioteca Pública de Nueva York).
- SACCO MESSINEO, Michela: «Drammaturghi e poeti nella Palermo "felicitissima". (Tommaso Aversa, Ortensio Scammacca, Simone Rau)», en *Cultura della guerra e arti della pace. Il III Duca di Osuna in Sicilia e a Napoli (1611-1620)*. Sánchez García, Encarnación (dir.), Napoli: Tullio Pironti Editore, 2011, pp. 459-475.
- TRIZIANO, Lipario (seudónimo de MONGITORE, Antonino): *Le porte della città di Palermo al presente esistenti*. Palermo, 1732.
- TWAIN, Mark: *Guía para viajeros inocentes*. A Coruña: Ediciones del Viento, 2012.